

Muchas transformaciones ha experimentado en su estructura arquitectónica este alcázar-castillo, siendo la mayor la sufrida en tiempos de Felipe II para amoldarlo al tipo de Herrera. Entonces se cerraron ajimeces y se abrieron balcones, suprimiendo cornisas, matacanes y adarves para encucuruchar con agudos chapiteles sus torreones. Actualmente, su estructura, referida sólo a sus muros exteriores, que es lo único que quedó en pie después del último incendio que lo devastó en 1862, acusa su origen gótico del siglo XV. Los costados sur y norte abren algunos vetustos ajimeces en promiscuidad con modernos balcones. En el ángulo de la peña se enhiesta la torre del homenaje, con su escolta aledaña de torrejoncillos vigías. Al borde del abismo, en la terraza del Rey don Juan, se asoma como atrevido centinela el torrejoncillo avanzado sobre el precipicio. Pero lo más interesante del alcázar es la gran torre que lleva también el nombre de este Rey de Castilla, estructurada en forma de gran prisma rectangular, con doce aiosos castilletes asomados al borde del adarve. En el interior se conserva el «Tocador de la Reina», de traza gótica, que se libró del incendio. Y una amplia sala moderna reproduce el histórico trono de los Reyes Católicos, en calada madera ojival.

Este castillo encantado, símbolo del pasado recio y viril de España, bastión de guerra, refugio de Reyes y cárcel de Princesas, es hoy tan sólo pieza arqueológica de museo, señuelo de eruditos, libro abierto de Historia, remozado recientemente por una graciosa y graciable disposición ministerial, que lo cede a la Academia de Artillería, a la que antaño estuvo vinculado. Y de paso, para que se haga una amorosa y plausible restauración en armonía con su estilo arquitectural y glorioso.

Esto es lo que más interesa a esta romántica Asociación de Amigos de los Castillos; pero Segovia tiene otras vetustas e históricas estampas. Allí está la Plaza Mayor, con su templete para la música, con los cafés provincianos protegiendo el sosiego, en cuyas terrazas se habla bajito, sin estridencias tranviarias, sin pestilencias de autobuses. Aquí sólo funciona el que va y viene a la estación, cuando se lo ordena el reloj municipal, que cuenta el tiempo tangible y corpóreo que va adhiriéndose a las losas de granito. Plaza vetusta, rodeada de acacias que aprietan sus hojas para esconder a los gorriones y encogen sus troncos para no robar lejanías.

Es inútil que los Ayuntamientos se esfuercen en modernizar esta plaza. El progreso nunca podrá avanzar en ella, porque allí está para frenarlo el ábside de la catedral con sus piedras abermejadas por la calentura de un sol que está castigándolas desde los tiempos en que el gótico se despidió. Es así, pues, que esta plaza vetusta debe coordinar perfectamente la vida provinciana con la Teología.